

# ÉXODO Y MIGRACIÓN

10 pintores frente a  
lo indecible

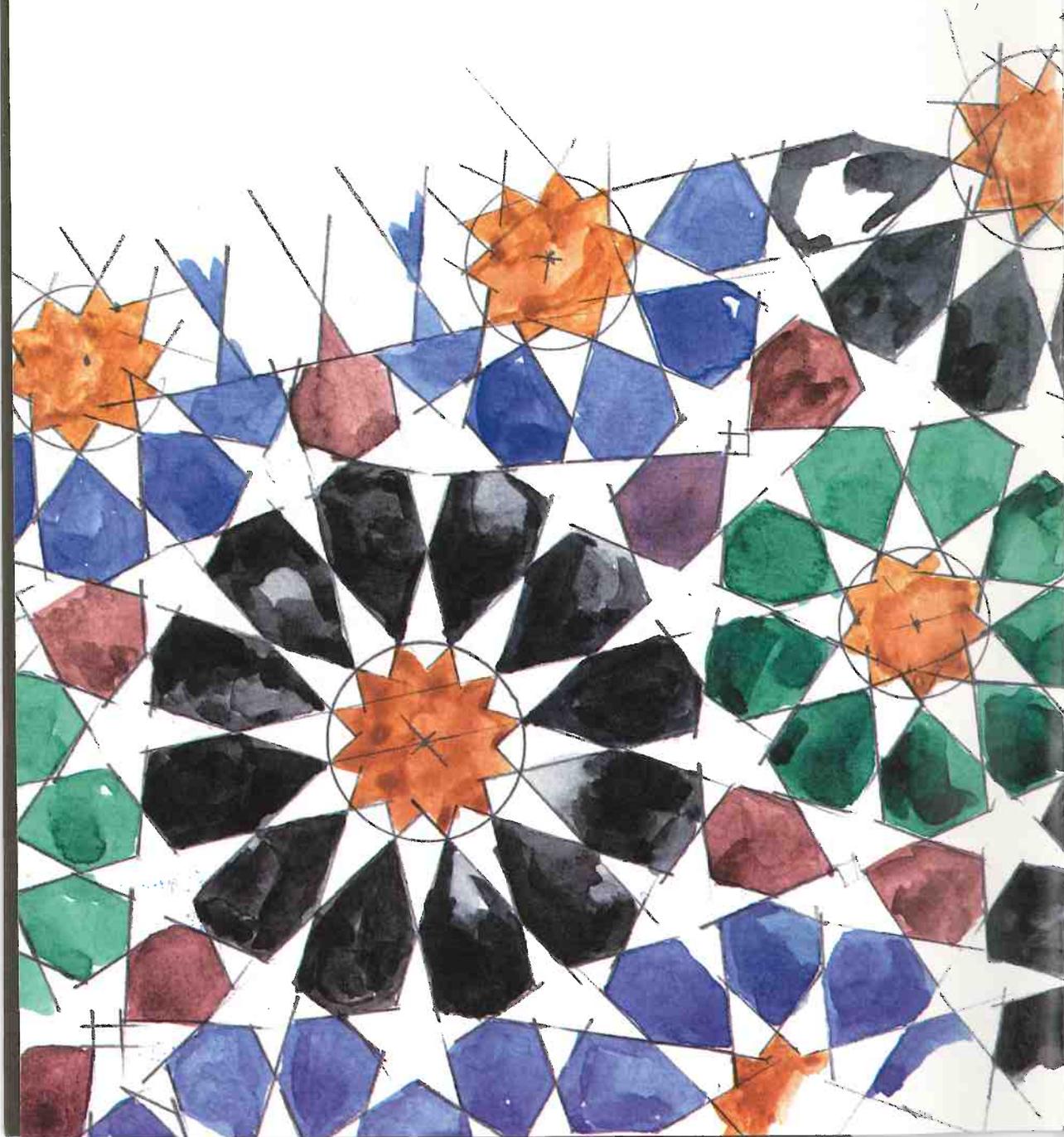


MC-2-2-172

# ÉXODO Y MIGRACIÓN

10 pintores frente a  
lo indecible





Murcia ha sido escenario del cruce de civilizaciones, un lugar donde han confluído distintas culturas que han dado como resultado el carácter único y privativo de los murcianos, así como un rico patrimonio cultural que nos distingue. Un espacio dinámico con un desarrollo socioeconómico en constante progreso.

Esta exposición nos muestra, a través de la pintura, la grandeza histórica de nuestro municipio. Diez artistas han plasmado de forma magistral nuestro pasado, a través de pinceladas de color. Una historia que camina sobre la presencia de distintas culturas que han hecho florecer la Murcia que hoy conocemos. Se trata, sobre todo, de una exposición con un discurso sólido que consolida el paso de los siglos mediante signos y gestos que nos son propios.

Murcia Tres Culturas significa la promoción de la tolerancia y el respeto. Por ello, Murcia eleva su voz para reivindicar el arte como eficaz herramienta ante la intolerancia, la falta de paz, la escasez de solidaridad y la ausencia de respeto que viven hoy muchas sociedades que pasan por tiempos recios. Diez artistas han querido proclamar, a través de su arte, el pasado y el presente de una Murcia que en estas fechas se muestra como capital cultural de referencia internacional.

José Ballesta Germán  
Alcalde de Murcia



## Gentes en movimiento: dinámicas poblacionales en Murcia durante la Edad Media (siglos XII-XV)

Jorge A. Eiroa

A pesar de los enormes avances en el estudio de la Edad Media, en la sociedad actual pervive una imagen equivocada que la identifica con un período oscuro e inmóvil, plano e inflexible. Sin embargo, las investigaciones confirman que se trató de una etapa dinámica y activa, continuamente cambiante. Éxodos y migraciones, viajes y desplazamientos dibujaron un mundo medieval en constante movimiento.

El territorio de Murcia no fue ajeno a esas dinámicas generales. En las tierras que definieron, a partir del 711, el espacio de la Cora de Tudmir se fueron superponiendo una serie de procesos de cambio que terminaron por configurar un espacio con personalidad propia; un territorio con una identidad basada, precisamente, en la superposición de identidades.

Si en algún momento ese paisaje de «gentes en movimiento» se hizo visible fue en los siglos bajomedievales. Ya en el siglo XII, Ibn Mardaniš, más conocido en la documentación castellana como «el rey Lobo», convirtió a la ciudad de Murcia en centro de un amplio emirato independiente de vocación mediterránea. Desde el levantamiento militar de su suegro Ibn Hamusk en la fortaleza de Socovos en 1147, creó un estado propio bajo la soberanía nominal de los califas abasíes de Bagdad, en las mismas fechas en las que tenía lugar el desembarco del ejército almohade en al-Ándalus: fijó sus límites, inestables y fluctuantes, a expensas de los tres grandes estados peninsulares, frente a los que se consolidó, casi como una marca fronteriza. Era el inicio de un período que convirtió a Murcia en el destino de multitud de gentes en movimiento: musulmanes que huían del rigorismo del estado almohade; cristianos que acudían a la capital en busca de nuevas relaciones comerciales; o judíos que encontraban en las tierras del Segura un espacio socioeconómico perfecto para

Antonio Balibrea  
Arrabal de la Arrixaca parte oeste  
100 x 100 cm  
Óleo/tienzo



desarrollarse. Tierra de acogida, Murcia se convirtió en un floreciente espacio multicultural, como atestiguan las extraordinarias representaciones pictóricas del palacio hallado bajo el convento de santa Clara, tan estrechamente vinculadas al arte que se estaba desarrollando en Sicilia o Egipto.

El dinamismo se reflejaba no sólo en los hombres y mujeres que visitaban o cruzaban el territorio murciano, sino también en aquellos que protagonizaban la ampliación del mundo conocido. Se ha escrito que la Edad Media es el momento de la conquista del espacio, real e imaginado; la época en la que territorios lejanos comenzaban a ser próximos y en la que se humanizaba el paisaje, tan bien reflejado en la colonización real y simbólica del bosque o en la introducción de la perspectiva pictórica. Así, mientras la Corona de Aragón y Castilla pactaban en 1151 en Tudilén un ambicioso reparto de la futura conquista del espacio murciano y el imperio almohade llevaba a cabo una incansable labor de debilitamiento y conquista del estado levantado por Ibn Mardaniš, los habitantes del territorio murciano materializaban, en su movimiento, la conquista del espacio. El territorio de la antigua Cora de Tudmir ya no se parecía en nada a aquel espacio geográfico semipoblado sobre el que el estado emiral cordobés había desplegado su ambiciosa política de asentamiento poblacional y control socioeconómico. Los asentamientos rurales, las redes de alquerías, base fundamental del poblamiento andalusí, se habían multiplicado, transformando el paisaje mediante la colonización del suelo y el aprovechamiento del monte. Algunos sectores del territorio de Tudmir, que todavía hoy permanecen débilmente ocupados, debieron alcanzar una alta densidad demográfica en el siglo XII; el territorio del Noroeste murciano es un buen ejemplo, si atendemos a las cifras manejadas en los años posteriores a la conquista castellana, cuando se documentan más de trescientos despoblados andalusíes; también representaría una situación similar el espacio montañoso de la Sierra de la Almenara, a juzgar por la densa red de fortificaciones que allí se documenta, con los *husun* de Felí, Ugíjar, Amir o Calentín. Y todavía más significativos son los espacios centrales de la huerta de Murcia, donde los repartimientos del siglo XIII documentan la presencia masiva de pequeños núcleos de población y una intensiva explotación de los espacios irrigados.

La muerte del propio Ibn Mardaniš en 1172 acabaría con su sueño estatal y marcaría el final del estado murciano independiente creado apenas veinticinco años antes. Si bien la historiografía regional ha tendido a idealizar y magnificar un estado con pies de barro, de duración limitada, débil implantación territorial y márgenes difusos, en





el que la burocracia y la suntuosidad hicieron inviable un desarrollo socioeconómico más lógico, no por ello podemos negar que durante el período de Ibn Mardaniš el antiguo territorio de Tudmir vivió uno de sus momentos de mayor desarrollo cultural; que la ciudad de Murcia se magnificó a imagen de los grandes centros políticos mediterráneos; y que el territorio del Sureste aglutinó y canalizó los intereses de una buena parte de los habitantes de al-Ándalus frente al avance almohade.

Unos años después, el dinamismo medieval volvería a materializarse en Murcia de la mano del proyecto político de Ibn Hud al-Mutawakkil. Desde Ricote y su «castillo de los Peñascales», lugar de una importante comunidad de místicos y pensadores

**Carmen Artigas**

El rey Alfonso X entrando en Murcia con la virgen de la Arrixaca

60 x 120 cm

Acrílico / lienzo

Real Academia de Bellas Artes Santa María de la Arrixaca de Murcia

## José Hurtado Mena

La Ruda. 2017

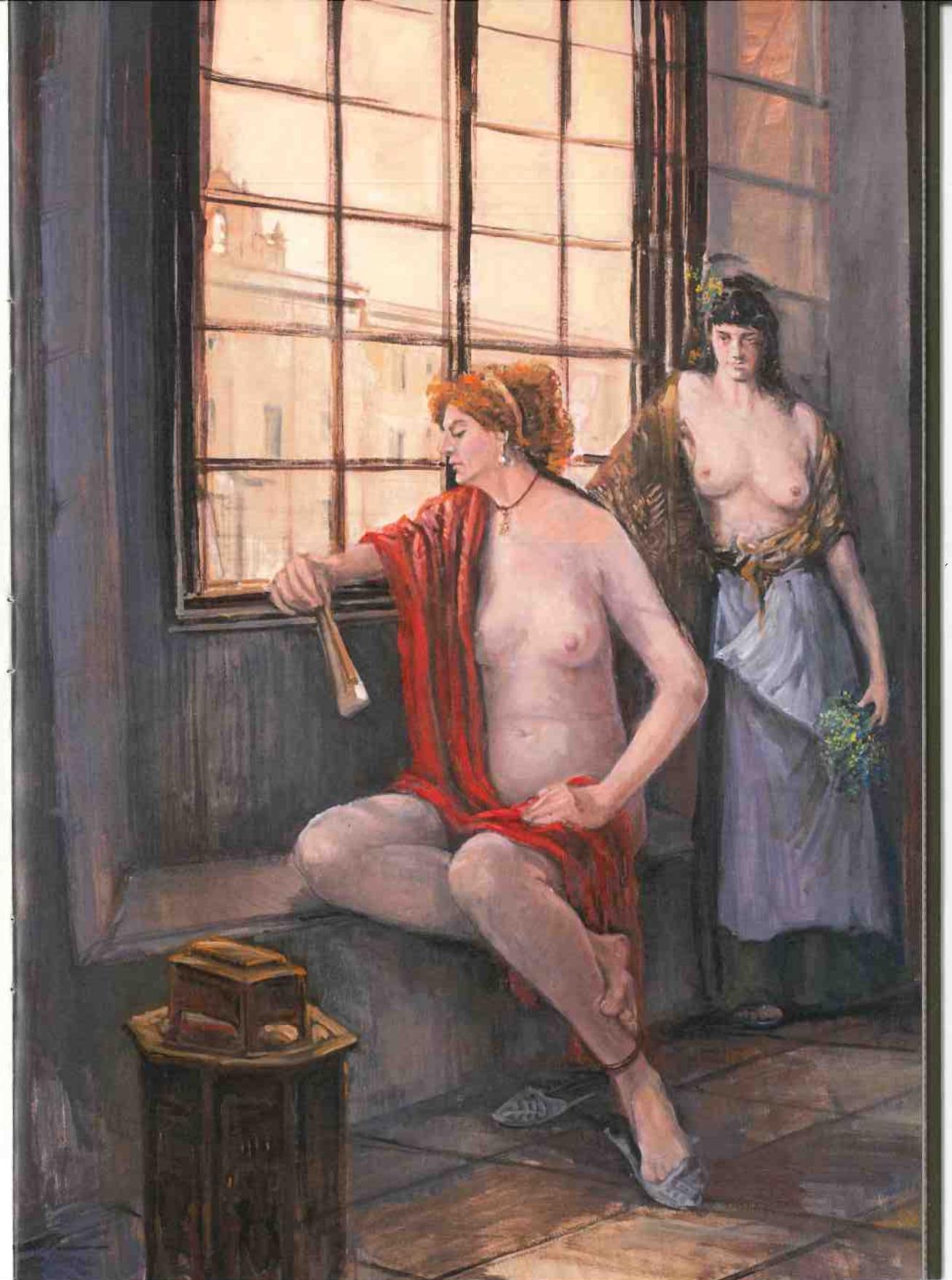
122 x 92 cm

Óleo / tabla

suffies, reunió un variado ejército en torno a un difuso y ambiguo mensaje político que supo canalizar el movimiento general de intranquilidad y descontento que se había extendido por el Sureste, al igual que sucedía en otros lugares de al-Ándalus. En junio de 1228 inició su insurrección contra el poder almohade, de corta duración pero extenso control territorial; de orígenes desconocidos, extrañamente emparentado con la dinastía hudí aragonesa, Ibn Hud lanzó una ofensiva de gran alcance, que fue acompañada de un claro y rompedor mensaje político que reclamaba la unificación de al-Ándalus y la restauración de la sumisión religiosa a los abbasíes de Bagdad. Se proclamó emir en la ciudad de Murcia y creó un gigantesco estado que tenía su sede en Murcia, pero de una duración tan limitada que invita a hablar de un proyecto más que de una verdadera realidad política. Síntesis perfecta del dinamismo medieval, del movimiento constante, su sueño final de la reunificación andalusí no duró ni diez años y, como expresó acertadamente el valenciano Ibn al-Abbar «no dejó en herencia más que ruina y destrucción, ni vino tras él otra cosa que llanto y aflicción».

A partir de entonces, a mediados del siglo XIII, sobrevino la conquista y todo un proceso de cambio irreversible que implicó el movimiento de gentes en todas sus variables posibles. La conquista del Sureste peninsular se inició en 1230 con el avance de las milicias concejiles de Alcaraz y las tropas de la Orden de Santiago sobre la Sierra de Segura (Torres, Siles, Segura de la Sierra, Hornos) y el avance paralelo sobre el nordeste (Jorquera, Ayora, Villena). La actividad militar se intensificó a partir de 1240, con el avance de los santiaguistas hacia el sur y la progresiva conquista de todo el norte y el oeste del emirato murciano. Tras someterse al protectorado castellano mediante el tratado de Alcaraz (1243), las tropas castellanas, encabezadas por el infante Alfonso (futuro Alfonso X) entraron en la capital. Las poblaciones que no se habían sometido al acuerdo (Orihuela, Mula, Lorca y Cartagena), fueron conquistadas en los años siguientes, dándose por concluido el proceso en 1245. El territorio al sur de Alarcón y Alcaraz se integraba en el reino de Murcia, que quedaba bajo la autoridad de un adelantado mayor, símbolo de la voluntad real de dotar al nuevo espacio político de una marcada identidad.

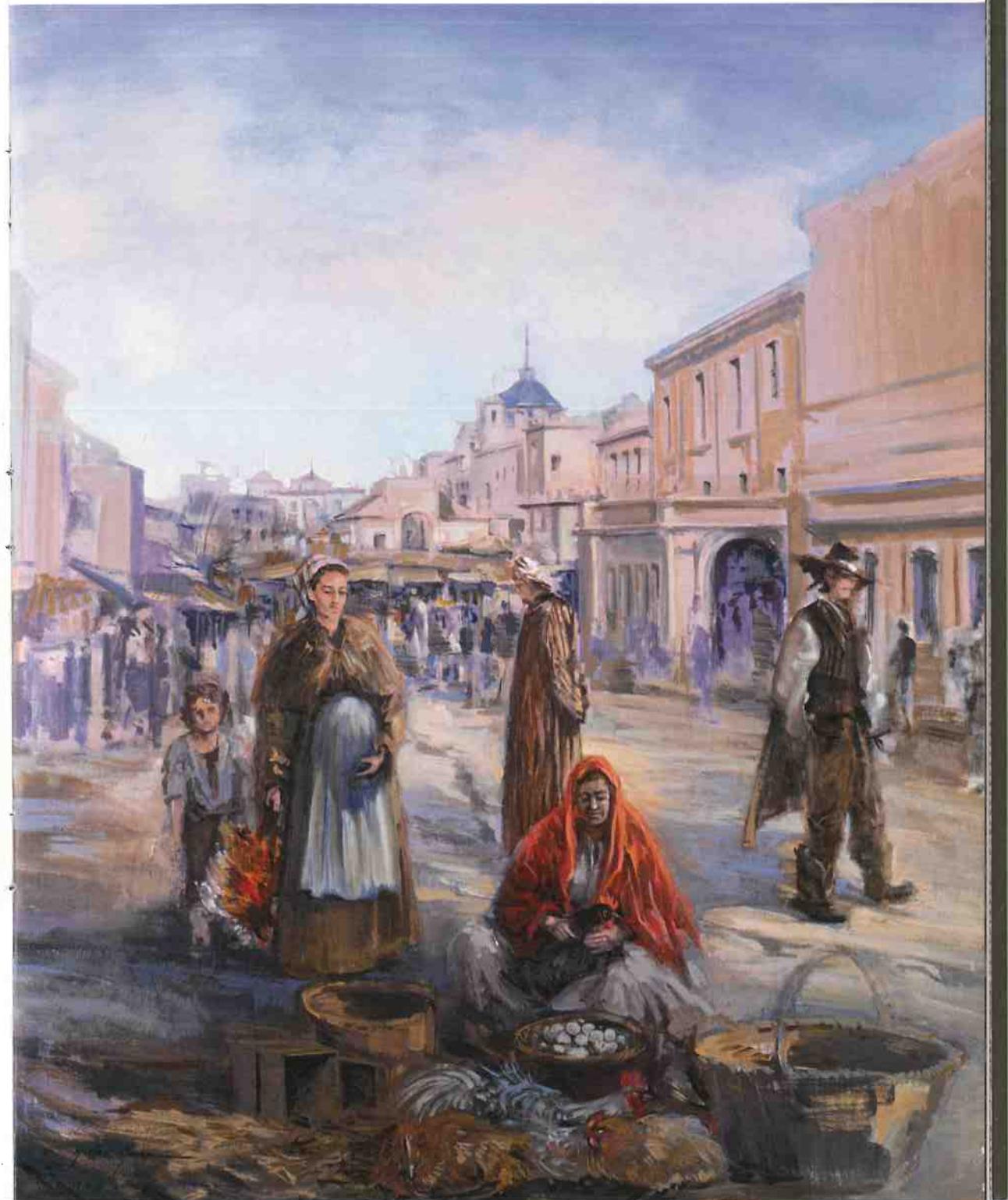
De nuevo, el gran cambio había llegado con la conquista y lo que la historiografía tradicional ha venido denominando la «replacación», que no parece ser otra cosa que la inmigración colonizadora apoyada en la fuerza de las armas. A partir de la presencia efectiva de los castellanos en el Sureste y de la incorporación de Murcia a la Corona de Castilla todo se transformó. Más allá de las nuevas tramas de con-



trol político y tributario sobre las poblaciones conquistadas, se entremezclaron varios procesos que son constatables arqueológicamente y que sí son representativos de un cambio profundo. En primer lugar, la huida de las poblaciones nativas andalusíes o, en su defecto, su reducción o, en contadas ocasiones, su asimilación efectiva. En segundo lugar, el establecimiento de los pobladores cristianos en asentamientos nuevos (a excepción de los grandes núcleos urbanos), en el marco de un proceso inmigratorio que fue en Murcia mucho más lento y difícil que en otros espacios próximos, como el sur valenciano. En tercer lugar, la puesta en práctica de nuevas estrategias productivas, que supusieron una ruptura con la gestión andalusí del espacio rural y periurbano y el establecimiento de nuevos órdenes agrarios.

Si trasladamos estos fenómenos globales a los casos concretos que se han estudiado arqueológicamente, las conclusiones adquieren una consistencia mayor. En la comarca de Lorca se refleja el total abandono y la despoblación de los enclaves habitados y fortificados que hasta entonces estaban densamente ocupados, como el conjunto de las alquerías, el castillo y la mezquita de Puentes. Los intentos de colonización fueron un fracaso, en su mayoría, y todo el territorio murciano empezó a manifestar una endémica escasez de pobladores que se tradujo en lo que la historiografía viene denominando como «subpoblamiento crónico». Eso explica que las transformaciones agrarias se retrasasen hasta el siglo XV; sería entonces cuando tendría lugar la transformación y mejora de los espacios irrigados (hasta entonces en condiciones precarias) y, a partir de la segunda mitad de esa centuria, cuando se produciría una fiebre roturadora en territorios como el campo de Murcia/Cartagena (hasta ese momento convertido en zona de pastos).

Los asentamientos también sufrieron importantes alteraciones. En la ciudad de Murcia, principal núcleo urbano, no se respetaron los pactos del protectorado castellano y se produjo la rebelión mudéjar, tras cuyo aplastamiento los musulmanes fueron confinados en un barrio exterior propio, aislado y bien defendido, el arrabal de la Arrixaca; los nuevos pobladores recibieron las propiedades agrícolas en varios repartimientos sucesivos y se fueron extendiendo por la ciudad. En Siyasa, el núcleo habitado islámico, situado en lo alto del cerro que controlaba el valle fluvial, se abandonó por completo y los nuevos pobladores castellanos decidieron instalarse en una nueva fundación, Cieza, situada en un meandro del río; este es uno de los pocos casos asimilables al fenómeno de las «villas nuevas», tan común en otros territorios peninsulares. Otros espacios sufrieron procesos distintos o no experimentaron grandes cambios. En



la micro-región de Ricote, de forma excepcional, las poblaciones musulmanas permanecieron habitando y explotando el valle, ahora bajo el control de la Orden de Santiago, sin grandes alteraciones hasta finales del siglo XV. En los extremos del reino, en el valle del río Vélez, el núcleo rural de Xiquena fue creciendo hasta constituir una villa de frontera nazará, de características protourbanas: un conjunto defensivo más poblado y mejor organizado, casi una ciudad, implantada en un territorio en el que se conservan alquerías no fortificadas con las que establecen intensas relaciones comerciales. Frente a él, en Tirieza, los habitantes de la red de alquerías que había construido el espacio fortificado de refugio, una vez que se convirtieron en los últimos pobladores musulmanes de la frontera frente a Castilla, decidieron huir, en su mayor parte; sólo unos pocos comenzaron a ocupar el interior del castillo, convirtiéndolo en una alquería fortificada; modificaron sus estrategias productivas, reorientándolas hacia la ganadería, y aguantaron hasta la conquista efectiva de ese territorio, en el siglo XV. Las variables, como se puede apreciar, fueron muchas.

Aunque los posteriores tratados de Almirante (1244) y Torrellas/Elche (1304/1305) limitarían bastante las dimensiones del reino de Murcia, las bases territoriales se habían fijado ya con el proceso de conquista que tuvo lugar entre 1230 y 1244. El reino de Murcia adquirió la configuración de una marca fronteriza castellana en un espacio de triple frontera: frente al mar, frente a la Corona de Aragón y frente al reino nazará de Granada. A mediados del siglo XIII, una vez que el avance castellano se detuvo, el sur de la provincia de Castilla reflejó muchas de las características típicas de las zonas de frontera medievales castellanas: militarización, importancia de la economía ganadera, permeabilidad de grupos sociales por servicios de guerra, etc. El hábitat se concentró en torno a los principales núcleos del reino, en una dinámica lógica de agrupación en los puntos fuertes ante la existencia de peligro real en la zona. Las aldeas rurales dispersas desaparecieron y los grandes núcleos de Lorca, Caravaca, Cehégín, Moratalla, Yeste y Liétor dibujaron los puntos que definían los límites de Castilla en el sector. Una «tierra de nadie», en realidad tierra de todos, se extendía entre las villas castellanas y los *tugur* nazaráes, apenas rota por la presencia de estos pocos enclaves avanzados. Se conformó un espacio fronterizo estable, al menos desde el siglo XV, y en absoluto lineal. Como indica el documento de 1473, hasta Caravaca sólo existía «desde Xiquena, nueve leguas de tierra despoblada e todo a peligro de moros». La frontera se constituía como un ente heterogéneo y permeable, en el que cabalgadas y apellidos jalonaban la cotidianidad, que seguía su propio discurrir, inmersa en la permanente alerta y la continua inestabilidad.





La frontera convirtió a Murcia en un espacio de transición permanentemente activo, en el que el movimiento de personas, tanto forzado como voluntario, imprimía un carácter particular. En muchas ocasiones se ha repetido que la historia medieval del reino de Murcia es la historia de una inseguridad. Las tres fronteras (aragonesa, marítima, granadina) condicionaron la evolución del reino de Murcia, que se configuró como una cuña castellana en el problemático Sureste peninsular. De todas ellas, la frontera con Granada fue la más trascendental: determinó la evolución socioeconómica del reino, más allá, incluso, de la propia desaparición del estado nazarí.

La frontera generó un contexto humano específico, que se tradujo en figuras legales, tipos sociales y modos de vida. La inevitable carencia de unidad de acción que caracterizaba un entramado defensivo en la que se concentraban territorios de realengo, señoríos de la Orden de Santiago y señoríos de la nobleza sólo se solucionó



**Ana Martínez**

Entretejido. 2017

70 x 154 cm

Acrílico / papel

## José Burgueño

Sin título  
100 x 81 cm  
Óleo / lienzo

mediante la creación de algunos cargos, como fueron los adelantados mayores de la frontera, los posteriores capitanes mayores de guerra de reino u obispado, o los fronteros mayores. Surgieron los alcaldes entre moros y cristianos, adquirieron protagonismo los adalides, aparecieron algunos tipos sociales característicos, como los «tornadizos» o «elches», los «sacadores» o contrabandistas, los fieles del rastro y alfaqueques y surgieron algunas instituciones, como las hermandades de moros y cristianos para el rescate de cautivos o las relevantes órdenes religiosas de mercedarios y trinitarios. Además, el reino de Murcia, constituido como una célula administrativa muy apartada del corazón de Castilla, se convirtió en un lugar propicio para el refugio político, como bien ejemplifica la figura de Alonso Fajardo el Bravo, y, como afirmó Torres Fontes, en «el terreno elegido por los monarcas castellanos para enterrar apetencias, acallar protestas o silenciar los gritos ambiciosos de una nobleza hostil, rebelde, cuando no el lugar propicio para crearse un poder fuerte que les asegure de su debilidad política en el interior del reino».

La ciudad de Murcia, como enclave urbano central del reino, reflejó esa identidad fronteriza, pero también participó de la relevante conexión con los espacios mediterráneos, recibiendo a importantes grupos de inmigrantes extranjeros y acogiendo a las distintas minorías religiosas: aunque, como decía Benito Ruano, «la tolerancia medieval sería hoy totalmente intolerable», no deja de resultar fascinante la coexistencia espacial de musulmanes, cristianos y judíos en la ciudad del Segura, dentro de un mismo núcleo urbano. Sobre los dos primeros, ya hemos reflejado su traumático proceso de cambio, a raíz de los acontecimientos de mediados del siglo XIII. Con respecto a los judíos, configuraron una importante y floreciente comunidad, en el corazón de la antigua medina. Aunque nuestro conocimiento sobre ellos a través de la arqueología es mínimo, pues tenemos pocos datos más allá de la constatación de su ubicación en torno a la actual plaza de Sardoy, la documentación escrita relativa a la judería murciana es abundante y revela un enorme desarrollo y una sorprendente inserción en la socioeconomía local: tradicionalmente identificados con actividades protobancarias, los judíos desplegaron una variada actividad artesana y comercial, de enorme influencia en la ciudad, en conexión con otras florecientes juderías del reino, como Mula o Lorca (esta última tan bien conocida gracias a los recientes hallazgos arqueológicos del barrio y la sinagoga del castillo).

La presencia italiana en Murcia, por su parte, echa sus raíces al menos en el siglo XII, cuando las repúblicas de Génova y Pisa firmaron los primeros acuerdos comerciales

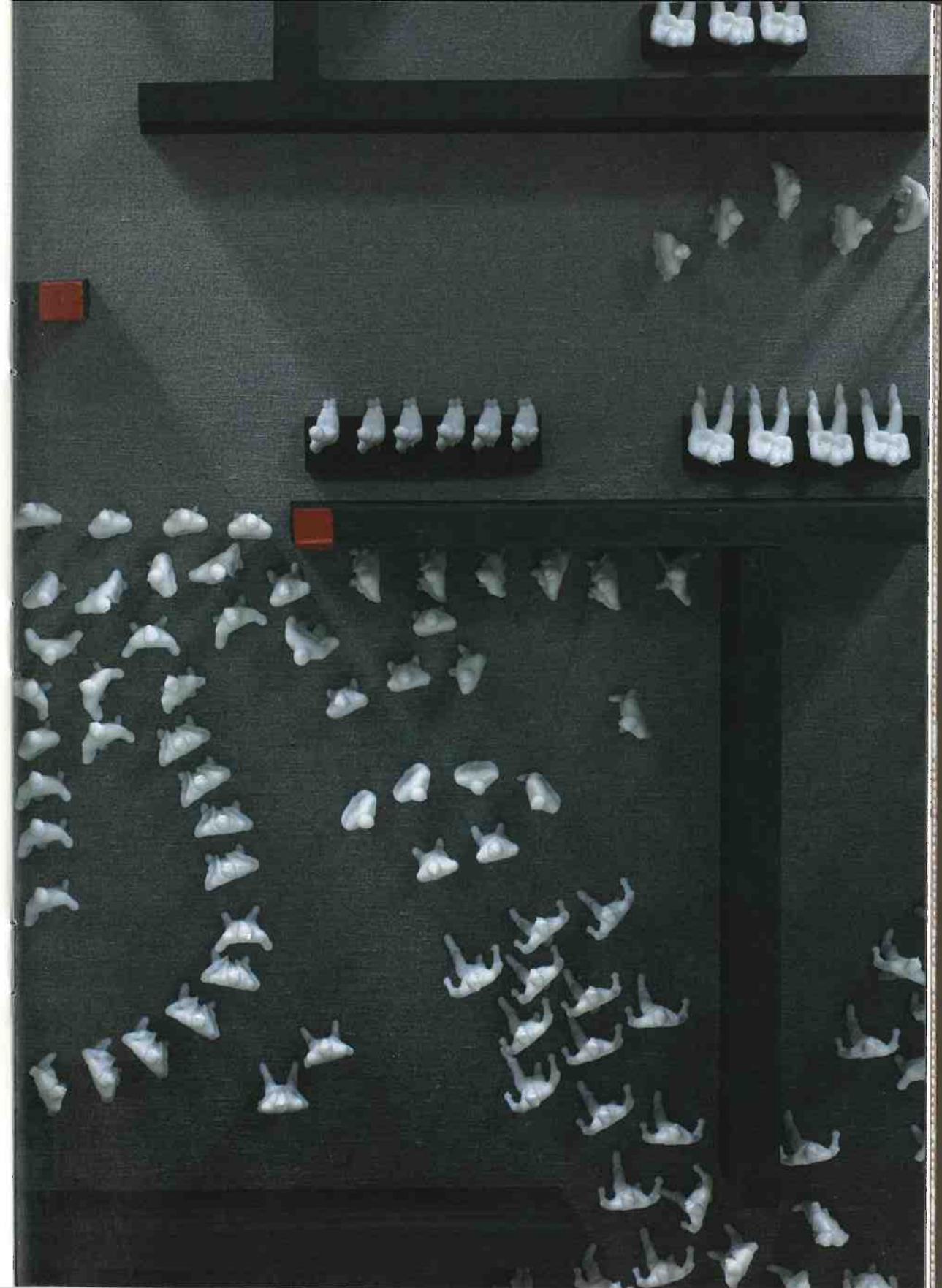


con el emirato de Ibn Mardaniš, en 1149 y 1150. Cabría preguntarse si algunos restos arqueológicos podrían identificarse con sus primeros *funduqs* o fondacos (hospederías o alhóndigas) en Denia, Valencia o la propia Murcia, pero, en cualquier caso, su presencia es clara en el mismo momento de la conquista por Castilla y se fue progresivamente haciendo cada vez más importante. A finales del siglo XIV ya controlaban el negocio de los tintes y demostraban su peso económico mediante préstamos en metálico al Concejo. A esos negocios irían incorporando otros, en especial el arrendamiento de las aduanas y el comercio con la seda, principalmente la semielaborada. Si en la primera mitad del siglo XV vivían en Murcia unos 50 italianos, en su mayoría ligures, al final de la Edad Media, en 1504, llegarían a ser más de un centenar, convirtiendo a la comunidad italiana de Murcia en la tercera más importante de la corona de Castilla, sólo por detrás de las de Valencia y Sevilla. Estos genoveses (y también algunos lombardos y sicilianos) formaron pequeñas compañías de gran influencia política y económica en el reino de Murcia y su huella en esta tierra es todavía visible.

En conclusión, mudéjares y judíos, italianos y otros extranjeros, cautivos y fronteros, así como otros muchos grupos humanos susceptibles de ser individualizados de una u otra forma, configuraban una sociedad multicultural en continuo movimiento, que nos dibuja una imagen de la Murcia medieval como un escenario dinámico en el que el presente debe seguir buscándose. Migraciones y viajes, éxodos y visitas eran, también entonces, una constante sobre la que construir identidades. Gentes en movimiento para un mundo cambiante.

#### Bibliografía básica

- Eiroa Rodríguez, Jorge A.: "Las comunidades campesinas andalusíes frente a la conquista castellana", en A. Robles Fernández, I. Pozo Martínez (eds. científicos), *Regnum Murciae. Génesis y configuración del Reino de Murcia*, Murcia, 2008, pp. 258-73.
- Eiroa Rodríguez, Jorge A.: "Arqueología de los espacios agrarios andalusíes en el sureste peninsular: nuevas perspectivas desde la periferia", en H. Kirchner (ed.) *Por una arqueología agraria: perspectivas de investigación sobre espacios de cultivo en las sociedades medievales hispánicas*, BAR International Series (2062), Archaeopress, Oxford, 2010, pp. 107-22.
- Jiménez Alcázar, Juan Francisco: "Et por estar tierra en frontera de moros: sociedad y territorio en la frontera de Granada (ss. XIV-XV)", en J. I. De la Iglesia (coord.), *Monasterios, Espacio y Sociedad en la España cristiana medieval*, XX Semana de Estudios Medievales de Nájera, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2010, pp. 353-94.
- Menjot, Denis: *Murcia, ciudad fronteriza en la Castilla Bajomedieval*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2008.
- Molina Molina, Ángel Luis: "La transformación del paisaje agrario del campo de Murcia (siglos XIII-XV)", en A. Bazzana (ed.), *Castrum 5: Archéologie des espaces agraires méditerranéens au Moyen Âge*, Casa de Velázquez-École française de Rome, Murcia, 1999, pp. 77-90.
- Molina Molina, Ángel Luis; Jiménez Alcázar, Juan Francisco: "La frontera enquistada: el reino de Murcia a fines de la Edad Media", *Meridies*, 3, 1996, pp. 51-60.
- Molina Molina, Ángel Luis; Veas Arteseros, Carmen: "Situación de los mudéjares en el reino de Murcia (siglos XIII-XV)", *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, 14, 1992, pp. 91-105.
- Rodríguez Llopis, M.: *Señoríos y feudalismo en el Reino de Murcia. Los dominios de la Orden de Santiago entre 1440 y 1515*, Murcia, 1986.
- Torres Fontes, J.; Molina Molina, A.L.: "El adelantamiento murciano, marca medieval de Castilla", en *Historia de la Región murciana*, Murcia, 1980, t. IV, pp. 2-102.
- Torres Fontes, J.: "Genoveses en Murcia (siglo XV)", en *Miscelánea Medieval Murciana*, 2, 1976, pp. 70-168.



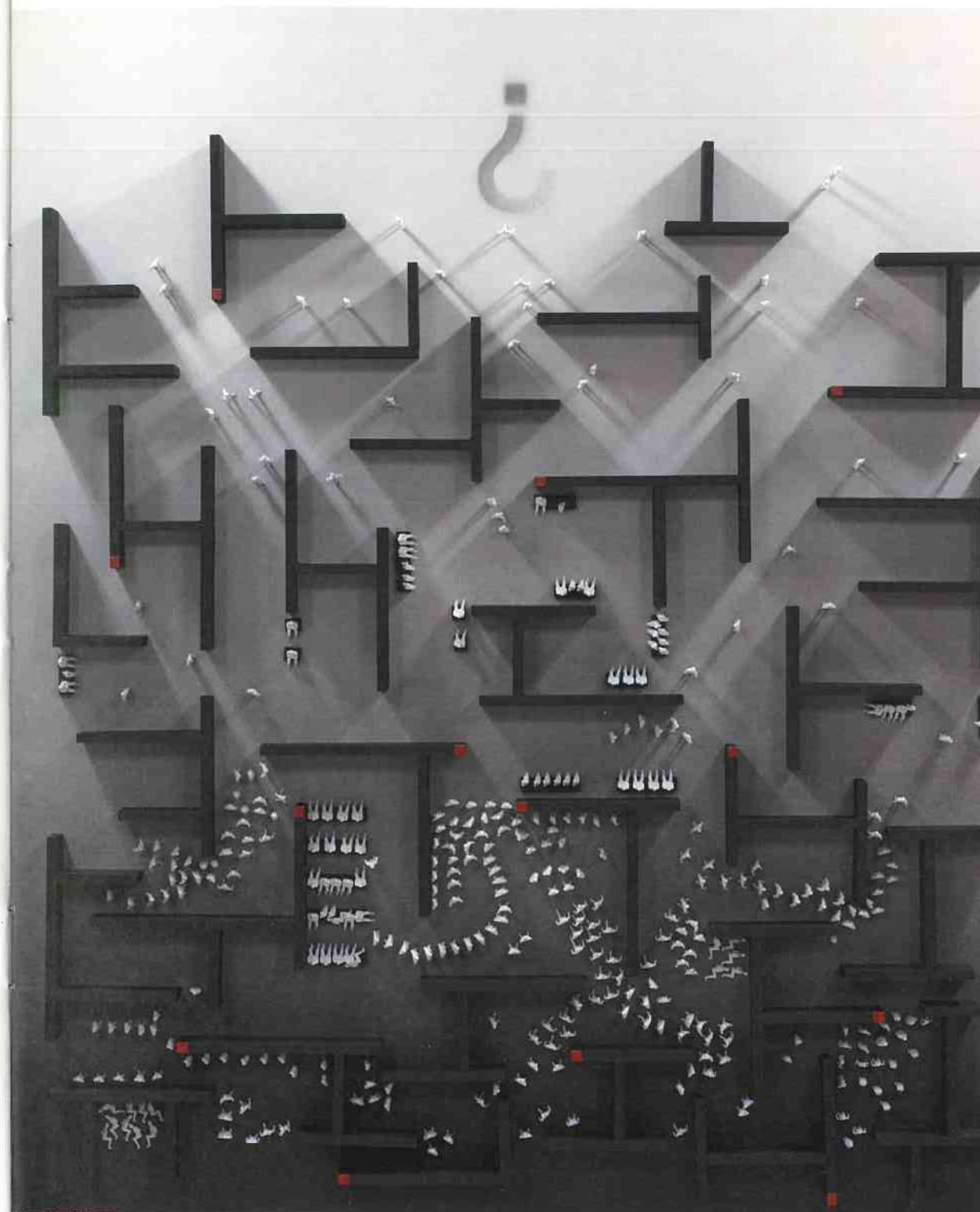
Francisco Cánovas Almagro

Frontera 14

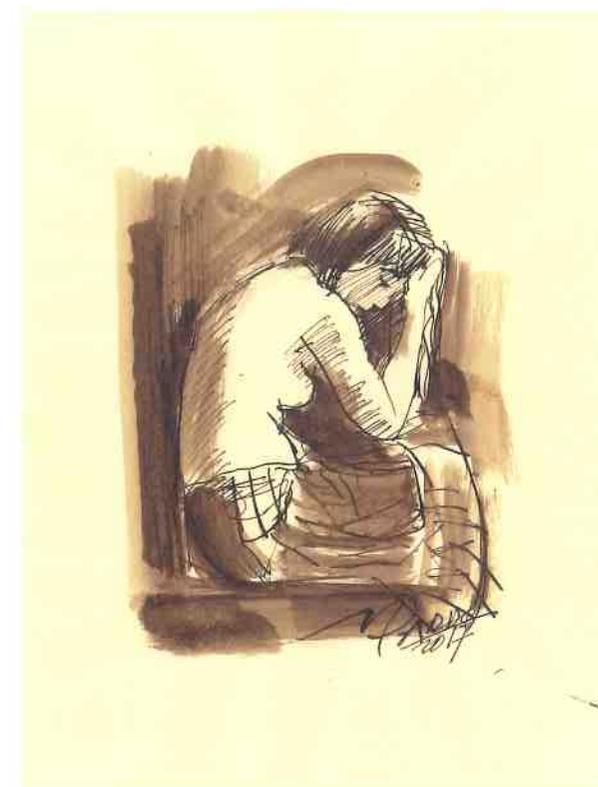
120 x 100 cm

Técnica mixta / tabla

«Migraciones y viajes, éxodos y visitas eran, también entonces, una constante sobre la que construir identidades. Gentes en movimiento para un mundo cambiante».



«Una "tierra de nadie", en realidad tierra de todos, se extendía entre las villas castellanas y los tugur nazaríes. La frontera se constituía como un ente heterogéneo y permeable, en el que cabalgadas y apellidos jalonaban la cotidianidad, que seguía su propio discurrir, inmersa en la permanente alerta y la continua inestabilidad».



Manolo Pardo

Cautiva. Boceto

35 x 25 cm. Nogalina / papel

Zoco. Boceto

35 x 25 cm. Nogalina / papel

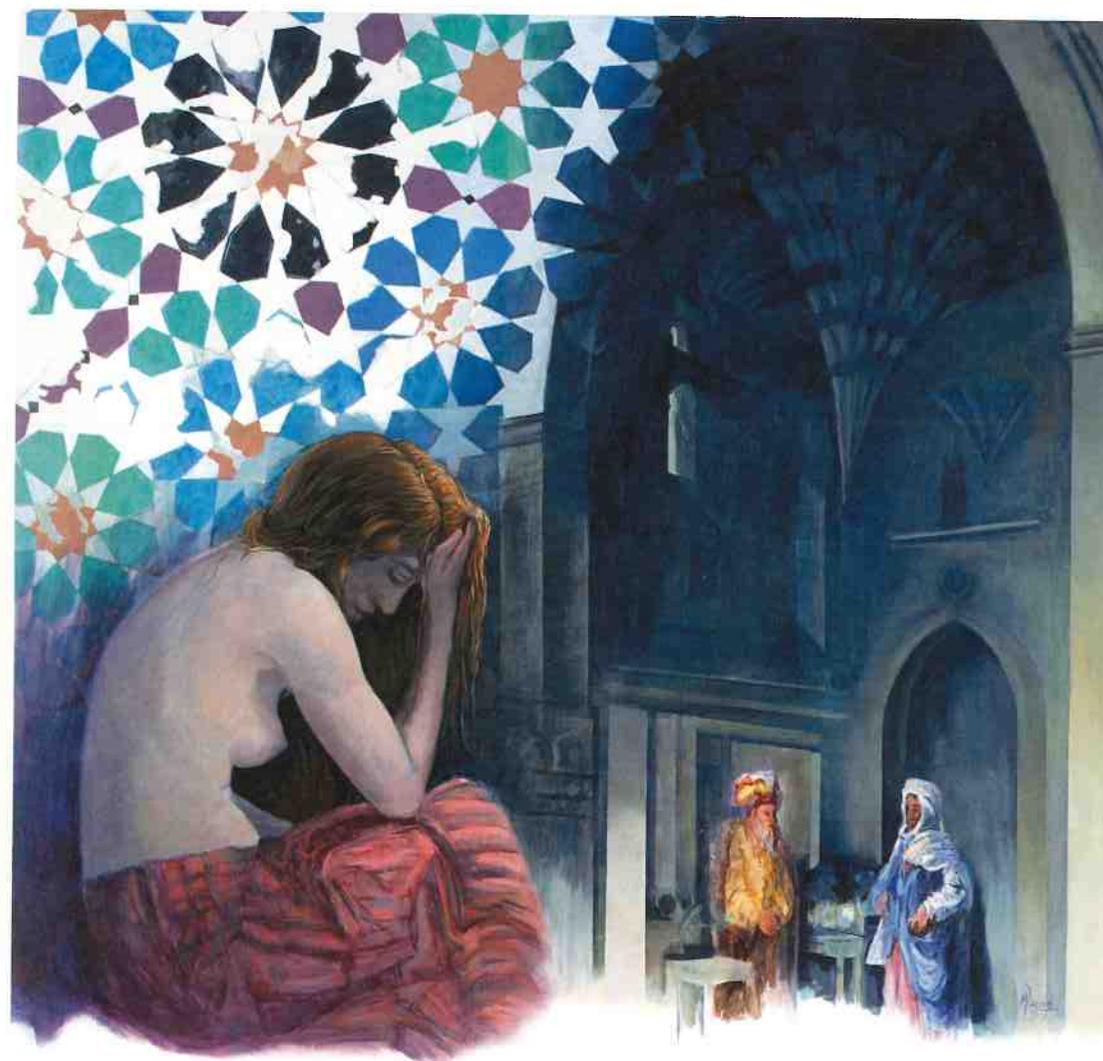


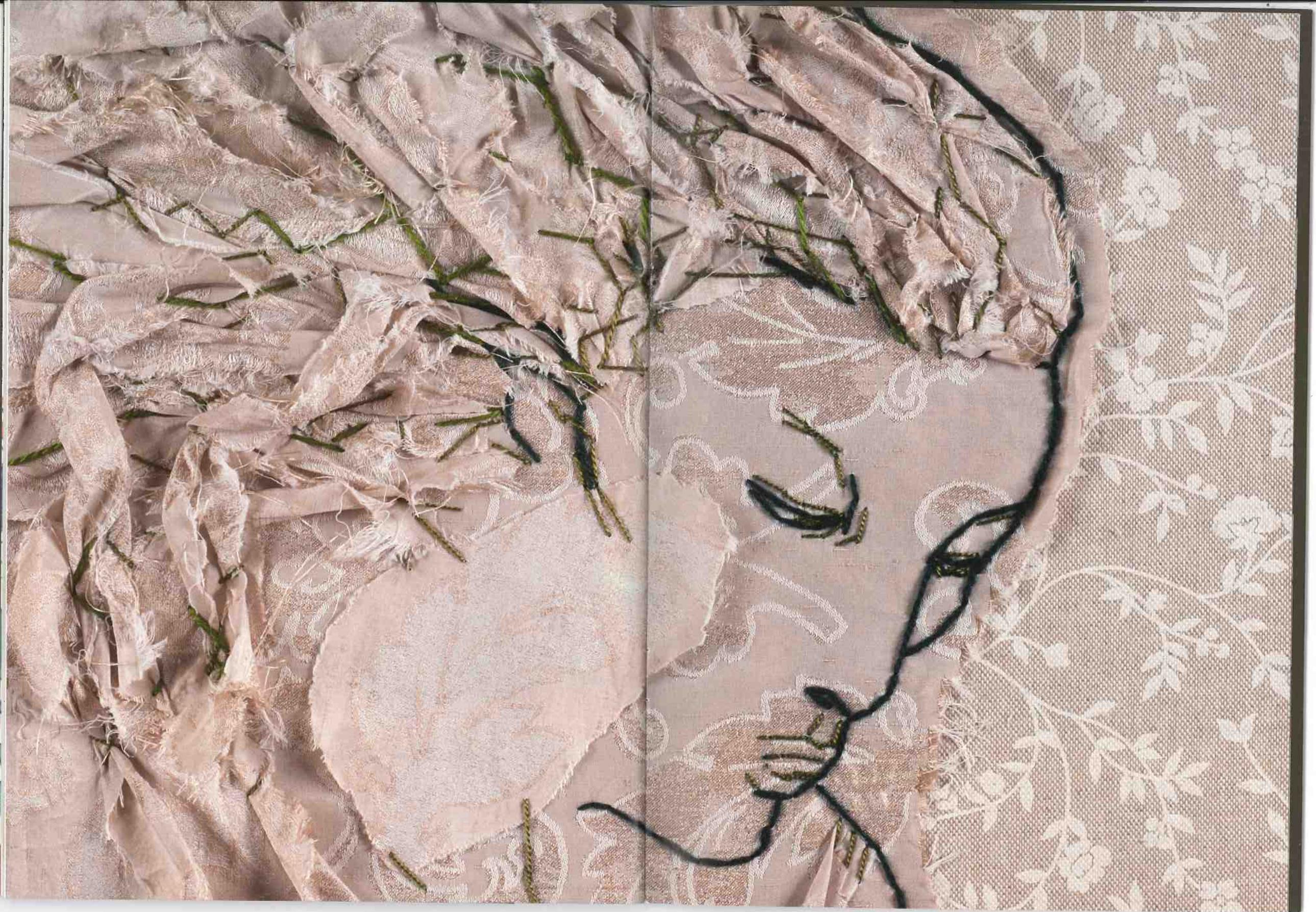
**Manolo Pardo**

Redención (Exeas y alfaqueques)

122 x 120 cm

Acrílico / madera





«La mujer medieval ejerce con independencia y de forma activa una amplia lista de oficios urbanos autónomos como panaderas, horneras, tenderas, carniceras, mesoneras, berceras, pescaderas, regatonas u corredoras. Trabajan también en las fases previas de la producción textil, como costureras y alfayatas, o en sector de la salud como sanadoras y parteras». María Martínez



**Silvia Viñao**  
Homenaje a la Pitonisa Mari Chaves  
2016-2017. 121 x 121 cm  
Collage cosido / lienzo

«Una sociedad multicultural  
en continuo movimiento,  
que nos dibuja una imagen  
de la Murcia medieval como  
un escenario dinámico en el  
que el presente debe seguir  
buscándose».

#### AYUNTAMIENTO DE MURCIA

Alcalde-Presidente  
José Ballesta Germán

Concejal Delegado de Empleo, Turismo y Cultura  
Jesús Francisco Pacheco Méndez

#### EXPOSICIÓN

Director  
Manuel Fernández-Delgado Cerdá

Directora ejecutiva  
Consuelo Oñate Marín

Conservadora docente  
Clara María Alarcón Ruiz

Ayudante de conservación  
Carmen Clemente Martínez

Documentación  
Tomás García Martínez  
Miriam Iniesta Ibáñez

Asistencia técnica  
Ana Pilar Sánchez Sánchez  
Pedro Serrano Solana  
María del Pilar Sanz León

Oficios  
Antonio Hernández Redondo  
Ramón Castillo Navarro  
Isabel Martínez Carrasco

#### CATÁLOGO

Edita  
Ayuntamiento de Murcia  
Concejalía de Cultura

Dirección técnica  
Servicio de Comunicación

Diseño  
José Luis Montero

ISBN: 978-84-16710-29-4  
D.L.: MU 550-2017

#### Agradecimientos

Carmen Artigas  
Antonio Ballbrea  
José Burgueño  
Francisco Cánovas Almagro  
José Hurtado Mena  
Ana Martínez  
Manolo Pardo  
Antonio Sánchez  
Jesús Silvente  
Silvia Viñao

Real Academia de Bellas Artes  
Santa María de la Arrixaca de Murcia